

Si por limitaciones de nuestro ser nada podemos adelantar sobre la bienaventuranza eterna de los hombres; afirmamos, en cambio, con los hechos de este México nuevo que Hidalgo vive una transfiguración postrera a su muerte: en el destino de una Patria cada vez más segura de su propio camino de libertad, amor y trabajo.

SALVADOR TOSCANO EN LA HISTORIA Y EL RECUERDO

Hace dos años murió Salvador Toscano y a tal distancia de su muerte es difícil todavía hablar con perfecta serenidad y cara a cara del hecho incommovible. Creemos hacerlo así no obstante, recurriendo a la memoria de la fecha, de las circunstancias del acontecimiento, pronunciando el nombre y tratando de evocar la imagen del desaparecido. Esfuerzo vano, porque de todos modos y por mucho que apretemos los datos con multiplicada abundancia de referencias, se nos escapa el pensamiento de su vida con su propia muerte. Con estas alusiones afectuosas conseguimos, cuando más, dar asilo familiar a su ausencia, remitiendo ésta a sensaciones, imágenes y recuerdos, para que nos conforte la masa viva de ilusiones que acompañan a nuestra existencia.

Somos familiares de la muerte. Nuestra sensibilidad mexicana está en buena parte asociada a las más variadas escenas en que interviene aquélla; nos gusta, además, recrearnos con la figura que le hemos hecho para descargar en algo corporal un sentimiento que sería de otra manera obsesionante.

Un rasgo sensual y por ende de índole estética, nos inclina a ello más que una actitud reflexiva: las fiestas de difuntos, por una parte; las confituras con motivos macabros, los espectáculos, canciones y hechos de la vida cotidiana, por otra, abundan en referencias pintorescas a la muerte, dramáticas, grotescas, cómicas.

Hay una gran variedad de matices sentimentales de nuestro trato con la muerte, pero lo más notorio entre todo es la multiplicidad de contactos y convivencias con ese sumo hecho de la vida. Más que sentimiento, o pensamiento sobre la muerte, es familiaridad con los muertos, esto es, con los residuos o despojos del ser vivo. Es, pues representación de esqueletos, calaveras, velorios, procesiones funerarias y, cuando menos material, "aparecidos", almas en pena y otras sombras.

Así, nuestro amor a los restos, a las reliquias y, en fin, a la historia, hecha de unos y de otros, es en buena parte amor de nosotros, exaltación, frenesí de la existencia propia.

¿Será para nosotros Salvador Toscano, así, tan sólo, reliquia y recuerdo familiar? ¿Quizá, algo más que tan amables bagatelas, un rostro vuelto hacia el misterio?

La historia es panteón de los antepasados, colección de reliquias; o bien sentimiento estético de la vida que promueve sueños y recuerdos que sirven de apoyo a la embriaguez de vista y tacto por las cosas presentes, a la amorosa posesión de nuestra vida y la cual transforma en familiaridad con los muertos el terror al acontecer mismo de la muerte. Historia anticuaria o archivista, según Nietzsche, o historia monumental, nostalgia de la vida que compensa nuestra extenuación. Habrá, acaso, otra historia, aquélla en que la voluntad y el pensamiento participen conscientemente del esfuerzo por mantener la muerte en sus límites? Más aún, la suprahistoria en que se capta el momento, poro de la eternidad?

Salvador estaba entregado a la historia y es en ella, particularmente bajo el último modo, que debemos representarnos su muerte. Comencemos, pues, por referirnos a la más elemental estructura de ese matiz de la sensibilidad que se llama sentido histórico.

Dejando de lado toda referencia que no sea estrictamente adecuada a la inteligencia de dicha facultad, surge lo esencial de la misma como pasión, una especie sensible receptiva de gozo y dolor en que se producen las imágenes del recuerdo. Antes de llegar a memoria objetiva, mecanizada de los hechos y de las cosas, adviene primariamente en forma de sueños que tienen carácter premonitorio, como ocurre en los profetas con auténticas adivinaciones a quienes aparece la acción que se prepara, bajo la forma de historia revelada en sueños, que son los de su pueblo, pero que una vez hechos palabra comprimen los acontecimientos a su efectuación ostensible.

Y si ello es así recordemos para principiar un sueño de Salvador Toscano que pone de manifiesto cómo le estaba dado el sentido histórico bajo la forma de una premonición de su propio destino. Al efecto, vamos a transcribir con cierta libertad algunas líneas procedentes de "En el Hilo de Anabela", producción juvenil de su pluma:

"... había soñado encontrarse en un campo abierto de un club de deportes. Era una vasta planicie sembrada de un ralo pasto inglés y entre el cual crecía el supersticioso trébol;... vio acercarse un hombre desconocido que llevaba una daga en las manos enguantadas... había querido gritar pero su lengua había enmudecido y las palabras se ahogaron en la garganta y sintió los miembros fríos y pesados, y sintió crisparse sus manos hasta hacerse sangre".

¿Se referirá acaso, al 26 de septiembre de 1949, dieciséis años después de escritas las anteriores palabras y el ralo pasto inglés sembrado de supersticioso trébol será, quizá, la ladera nevada del Popocatepetl donde perdió la vida al estrellarse el avión que lo conducía a la ciudad de México?

Enigmático juego de la poesía, los sueños y la realidad, donde no sabemos cuál de estos poderes lleva la delantera. Como quiera que sea, aquellas palabras nos proporcionan un testimonio de la fina sensibilidad y la profundidad de vista que poseía Salvador Toscano para penetrar el sentido recóndito de los acontecimientos.

El camino hacia la visión histórica pasa por las disciplinas estéticas, pero consume al viajero un afán que no es sólo la dicha o el placer de los sentidos, sino una secreta aspiración a rectificar la realidad inmediata del presente. Un impulso al vuelo refrenado por el interés de la vida que nos circunda y la cual se quisiera llevar a más anchos horizontes. El auténtico historiador se reconoce por esa preocupación, que unas veces toma el cariz de la utopía revolucionaria y otras de la conservadora. En todo caso, no es política inmediata en trance de operación sobre los acontecimientos; más bien se afana por impri-

mir a los hechos una directriz moral. Es preocupación formadora, plástica del destino humano. Política si se quiere, pero en aquel clásico sentido griego de educación humana, "paideia".

A tal respecto recuerdo aquella resuelta afirmación de Toscano, escrita en las mismas mocedades que "En el Hilo de Anabela"; y que, como las líneas de esta última, habrían de llegar a tener para nosotros, hoy, aptitud y resonancia entonces inadvertidas:

"Una Universidad política, pues, cuando el momento lo exija; porque la Universidad vive al compás del pueblo, el único a quien debe su subsidio, y con él tiene una misión social que cumplir. Por ello, lo único que hoy podemos pedir para la Universidad es un dogma moral frente a la vida".

Conste que la afirmación anterior se proyectaba sobre la candente realidad de la hora. Torturaba la vida social e intelectual de México un sentimiento deprimente, que no hallaba el camino a elegir entre designios tortuosos, envueltos en engañosa retórica; o una lucha sin grandeza ni heroísmo. El recurso a la violencia había quedado desprestigiado desde el vano intento de la generación del 29. Algunos jóvenes acudieron, entonces, a la enervación de la sensibilidad por el ocio infecundo, a un deliberado embrutecimiento, al cinismo o a la frivolidad: máscaras protectoras de un íntimo amor frustrado. Salvador Toscano lo derivó, empero, hacia el conocimiento. Más tarde dirá en su hora de madurez: *"Sí, nuestro amor al arte antiguo ha necesitado del conocimiento: conocimiento de la Historia, de las ideas religiosas, del paisaje, de la raza... Hemos, previamente, encendido nuestra mirada amorosamente para el pasado con ánimo de redescubrir así el arte anterior a los españoles. Sólo por desamor al indígena —obra de un mal entendido hispanismo— habíamos señalado nuestro desagrado sin dejar amplia vía a nuestra atención íntima.*

Antes de llegar anticipaba esta serena actitud del conocimiento, su postura juvenil en aquella crisis de toda una generación. En medio de los que se protegieron de

los rigores, él mantuvo su rostro expuesto a la intemperie de la hora, prodigando una fina cordialidad iluminada de vez en vez por breves relámpagos de ironía, que le daban un aire entre cándido y malicioso.

Rojas Garcidueñas recuerda a este respecto un ensayo de Salvador Toscano, *Fuga de Valores*, escrito en marzo de 1932 y que publicó Barandal, donde aparece nítidamente la novedad de su pensamiento en la zozobra de la hora. Dice: *"la generación literaria que nos precedió, edificó su valer sobre las ruinas de los novecentistas, disolviendo y atacando esa generación; negando toda posible tradición; construyendo su edificio artístico sobre el sarcasmo y la burla. Nosotros jamás construiremos sobre ruinas, respetamos la tradición, aún la más cercana... anhelamos una obra afirmativa, con un sentido constructivo, en medio del escepticismo inteligente que nos precede".*

Del abandono de algunos y de la enervación de otros, compañeros de su generación, fue rescatando su propia vida, a través de cinco años de estudiante en la Facultad de Derecho, para enderezarla a lo esencial de su vocación por encima de la rutina de los estudios jurídicos. Prueba de ello fue "Derecho y Organización Social de los Aztecas", tesis para optar el grado de licenciado en Derecho el cual obtuvo en el año de 1937. En este opúsculo se encara con los temas que han de absorber los años futuros y los mejores afanes de su juventud. Más que una tesis jurídica, es un ensayo que pone en juego los datos humanos en íntegro, para una interpretación comprensiva del fenómeno histórico.

Allí está ya, en esbozo, el pensamiento que Salvador Toscano hará madurar en "Arte precolombino de México y de la América Central." En éste último dirá: "El estilo es el lenguaje, la forma expresiva de una cultura, pero sólo como un resultado de la raza y del ambiente geográfico y cultural que lo rodeó". Le interesa el Derecho como expresión de una realidad histórica y en especial aquella porción de nuestro pasado, la organización jurídica del